



## CAPÍTULO II.

### Orígenes é historia del Rosario.

**L**A repetición de oraciones que usamos en el Rosario, por lo mismo que se funda en una necesidad y razón del orden natural y á la vez en un principio sobrenatural, en la oración continua que Cristo nos dejó mandada, la encontramos en los más antiguos pueblos cristianos; y hasta hubo antiguos historiadores que llevados de este hecho afirmaban, que el Rosario era de tradición apostólica. No es exacto. Los antiguos anacoretas y los primitivos fieles tenían la práctica de repetir muchas veces sus oraciones; de san Patricio, apóstol y patron de Irlanda, leemos que cada día adoraba á Dios de rodillas doscientas veces y se persignaba muchas más; aún te-

nian los antiguos, anteriores á santo Domingo, unas cuentas por el estilo de nuestros rosarios, que les servían como á nosotros para contar el número de oraciones rezadas; pero el Rosario de quince *Padre nuestros* y ciento cincuenta *Ave Marias*, distribuidos de diez en diez con el *Gloria Patri*, y la consideración de los principales misterios de la Encarnación, Vida, Pasión y Muerte de nuestro Señor Jesucristo, indudablemente se debe á santo Domingo de Guzman, y hoy día no es posible sin temeridad dudar de ello. El Papa Benedicto XIV, y después el célebre arqueólogo P. Mamachi, en los Anales de la Orden de Predicadores este último, alegan datos indestructibles de que la fundación del Rosario no es ni anterior ni posterior á santo Domingo, sino que es obra del mismo. La recitación usual del *Ave Maria* no es antigua en la Iglesia: mandó agregarla al Símbolo de los Apóstoles y al *Padre nuestro*, Odon, obispo de París, en decreto del año 1196; y santo Domingo fué quien de las celestes rosas de la oración del *Ave Maria*, enlazadas entre sí por el hilo de oro de la consideración de los misterios del Hombre-Dios, constituyó, por

inspiracion divina y mandato de la Virgen, el popular Rosario.

Domingo de Guzman fué el hombre de la fe, como su incomparable compañero Francisco de Asis fué el hombre de la caridad; las herejías que assolaban una buena parte de Europa, y que trajeron por largos años perturbado el orden social y religioso, sobre todo en el Mediodía de Francia, causando la condenacion de muchas almas y continuas injurias á Cristo Señor nuestro y á su santísima Madre, torturaban profundamente su espíritu, por lo cual con indecibles gemidos, acompañados de maceraciones corporales espantosas, pedia á la santísima Virgen se sirviese, con su eficaz mediacion, remediar tanto mal. La piadosa Señora se le aparece, le enseña el Rosario, le manda que perpetuamente la Orden de Predicadores lo conserve y enseñe á los hombres, con lo cual la fe se acrecentará, las costumbres se purificarán y las virtudes adornarán á la sociedad cristiana. En efecto, Domingo de Guzman empuña el Rosario, y las armas caen de las manos de los que combatian de una y otra parte, y la fe católica vuelve á ser la señora de todos los corazones. El

Languedoch conservó por muchos siglos una capilla con un retablo, contemporáneo de santo Domingo segun la tradicion, ó cuando menos del mismo siglo, en el que estaba representada la santísima Virgen entregando el Rosario á santo Domingo, que lo recibia con la mano izquierda, teniendo con la derecha una cruz, y á ambos lados estaban pintadas las imágenes de Simon de Montfort, jefe de los cruzados de nuestra fe contra los albigenses, y de Fulco, obispo de Tolosa. El ardiente fervor que produjo la aparicion del Rosario es indescriptible; á su predicacion, dice el Papa Leon X, seguian los milagros; las Asociaciones ó Cofradías del mismo se extendian por toda la Europa; ya en el mes de Febrero del año 1221, es decir, viviendo aún santo Domingo, un buen ciudadano de Palencia otorga testamento y hace una manda piadosa á la *Cofradía que ha fundado el buen Domingo de Guzman... al santo Rosario, onde so cofrade*, para que los Hermanos acompañen su entierro con velas; los desmoralizados pueblos se convertian en sociedades donde imperaba de veras la santa ley de Cristo, regiones antes infestadas de herejías se sujetaban al

suave yugo de la Iglesia, hacíanse abundantes limosnas, se edificaban iglesias, construíanse hospitales. Aumentaba cada día el espíritu de santidad y el desprecio del mundo, el honor y pureza de la Iglesia, la justicia de los príncipes, la concordia entre los ciudadanos, la honestidad de las Comunidades y de las familias. No se principiaba á trabajar por la mañana sin antes haber dicho el Rosario, y si por ventura á la noche álguien por descuido se acostaba sin rezarlo, al despertar se levantaba al momento para hacerlo. Este renacimiento de la fe y de la virtud cristianas fué completamente debido á la predicacion y á la práctica del Rosario. Aquel famoso Pedro de las Viñas, secretario del emperador Federico II, tan amante de la despótica autoridad de los príncipes como enemigo de la suave influencia de la Religion, á quien el poeta Dante Alighieri inmortalizó representándole, en su fantástica vision del infierno, convertido en horrendo árbol de ramas espinosas y enmarañadas, y cuyas lúgubres hojas servian de pasto á las infernales arpias, fué el grande enemigo de las Cofradías del Rosario en sus primeros tiempos; y á la vez es ahora para nosotros

el involuntario apologista de la universal devocion con que el pueblo la tenia. Esforzabase en impugnar aquellas devotas Cofradías á las cuales, decia, no se encuentra ni un hombre ni una mujer que no esté afiliado, ni hay solemnidad ni fiesta en que á ellas no asistan, quedando desiertos los pueblos para reunirse las gentes en las iglesias de los frailes. Ya de aquellos antiguos tiempos data la costumbre, que aún conservamos, de reunirse una vez al mes los devotos hijos de la Virgen del Rosario; y aún la Cofradía de Perusa, y de otras ciudades de Italia, se reunia el primer domingo de cada mes, lo mismo exactamente que se hace ahora. Los Pontífices ya desde aquellos remotos tiempos concedieron indulgencias al Rosario; el Papa Juan XXII se las concedió en el año 1316, y aún Juan Bonifacio, escritor de la Compañía de Jesús, refiere en su *Horto Virginali*, que Bonifacio VIII en 1294 ya lo habia enriquecido con los espirituales tesoros de la Iglesia. Fué tanto el aprecio en que se tuvo el Rosario, que en la Regla de las Beguinas de Gante, dada en 1234, y que inserta Mamachi, se ordena á las mismas el rezo cotidiano del Rosario con la medita-

cion de los misterios; las lápidas sepulcrales de aquellos siglos nos manifiestan tambien las estatuas yacentes de los difuntos con los rosarios en la mano; y por fin llegó á ser divisa de cristiano, ejecutoria de la fe de cada uno; la mayor parte de las Órdenes religiosas adornaron su hábito con las benditas cuentas del Rosario, y el arte heráldico adoptóle como signo expresivo de la religiosidad, en los blasones de personas eclesiásticas.

Es cierto que el Rosario ha de ser, y ha sido en realidad, la oracion perenne de los cristianos; mas no obstante, en los calamitosos tiempos que corrieron desde últimos del siglo XIV hasta mediados del XV vino á caer en desuso, y aún casi fué olvidado por los pueblos. Sin embargo, es preciso decir que tambien el espíritu de devocion casi desapareció de la sociedad cristiana en aquella época de perturbaciones y de vicios. Es grande elogio del Rosario el que al desaparecer del pueblo cristiano esta santa devocion la piedad mengua y casi se aniquila; prueba manifiesta de que el método de orar enseñado por santo Domingo es irremplazable, que si alguna vez disminuye su frecuencia, no es por defecto del mis-

mo, sino porque la piedad cristiana se ha enfriado. Mas Dios suscita de nuevo hombres apostólicos, retoños del apostólico Domingo de Guzman, que dispiertan la dormida piedad levantando en alto el santo Rosario. El siglo XV es de triste recordacion para el pueblo cristiano; el gran cisma de Occidente, el escándalo de tres Papas á la vez, hizo decaer la fe y el respeto á la divina autoridad de la Iglesia; la peste negra que asoló y despobló la Europa acabó de desorganizar aquella sociedad desvencijada, y de destruir las tradiciones religiosas aún de las mismas Comunidades monásticas. No faltaron, sin embargo, en aquellos calamitosos tiempos ilustres predicadores del Rosario. San Alvaro de Córdoba, á últimos del siglo XIV y san Vicente Ferrer en el XV, ambos hijos de santo Domingo, avivaron otra vez la adormecida piedad de los pueblos; pero de un modo maravilloso y sobrenatural Dios suscitó al beato Alano de Rupe, dominico francés, verdadero apóstol y restaurador del Rosario, hasta el punto que muchos le consideraron autor del mismo. A este santo varon se le apareció Nuestra Señora, mandándole que trabajase para la restauracion del

Rosario; y en efecto, con celo tan incansable y fecundo lo predicaba, con tanta unción escribía sus maravillas y excelencias, que la sociedad cristiana otra vez tornaba al fervor de los tiempos de santo Domingo. El mismo año en que murió el beato Alano de Rupe la santísima Virgen se apareció al venerable Jacobo Sprenger, prior del convento de Santo Domingo de Colonia, y le exhortó vivamente á proseguir la obra de restauración por el beato Alano tan felizmente comenzada. Obedeció el piadoso fraile, restableció solemnemente en su convento la Cofradía del Rosario, cuya devoción se propagó otra vez admirablemente; de suerte que á últimos del siglo XV todos los conventos de la Orden de santo Domingo tenían ya restauradas sus respectivas Cofradías.

Mas la gloria del Rosario resplandéce de un modo particular en el siglo XVI, pues se enlaza con uno de los más insignes triunfos de la piedad y de la civilización cristiana. Los secuaces de Mahoma, envalentonados por su colosal poder, amenazaban destruir toda la cristiandad, formada al través de largos siglos bajo las maternales alas de la Iglesia; reúnen las escuadras de los

cristianos, especialmente de España, y en las aguas de Lepanto va á darse la batalla naval de más consecuencias tal vez, que ninguna otra de las que han enrojecido las olas del mar con sangre humana. La flota cristiana era inferior en todo á la otomana, que además se veía favorecida por el viento; mas la Reina de cielos y tierra, que tiene en su mano el corazón de Aquel que desata los huracanes y les imprime la dirección, invocada humildemente por los cristianos, cambia la dirección del viento en un momento, y los barcos turcos caen al ímpetu de los cristianos, mandados por nuestro D. Juan de Austria, de inmortal memoria. Tres horas duró la lucha, y en ella tuvieron los infieles muerto á su general Hali-Bajá y tomada la Capitana, perdieron más de treinta mil hombres, hiciéronles los cristianos cinco mil prisioneros, rescataron más de veinte mil esclavos y les cogieron ciento treinta galeras. El gran Papa san Pio V, religioso dominico, y por lo tanto celosísimo devoto del Rosario, estaba en oración durante la pelea, é invocaba humildemente á Nuestra Señora para que favoreciese nuestra parte; por impulso sobrenatural conoció la victoria de

los cristianos, y quedó tan convencido de que se debía á la intercesion de María, que estableció en su honor la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias. Aconteció el triunfo el dia 7 de Octubre, que aquel año de 1571, fué domingo, dia en que las Cofradías del Rosario tenian sus procesiones y funciones; y el Papa Gregorio XIII, inmediato sucesor de san Pio V, convencido de que las súplicas del Rosario habian alcanzado la victoria, estableció perpetuamente la fiesta del Rosario, en el primer domingo de dicho mes. Mas la solemnidad estaba limitada á la Orden de frailes Predicadores y á las capillas é iglesias de la Virgen del Rosario, hasta que otras dos señaladas victorias obtenidas sobre los turcos, y que aseguraron su perpetua humillacion, y la consiguiente seguridad de la Europa cristiana, fueron ocasion de que se extendiese por toda la Iglesia universal: la victoria de Selim, alcanzada por los austriacos contra los turcos que amenazaban la misma capital del entonces imperio de Alemania, el dia de la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves del año 1716; y el levantamiento del sitio de Corfú, el dia 21 del propio mes de Agosto, octava de la

fiesta de la Asuncion. El orbe cristiano, y aún la misma Iglesia, atribuyó estas dos insignes y decisivas victorias á la intercesion de María, invocada eficazmente por los pueblos, que salian en procesion cantando el Rosario en demanda de triunfo para el pueblo cristiano.

La devocion del santo Rosario fué extendiéndose por todo el orbe de la tierra; la lejána China oyó los ecos de la angélica ple-garia; no hubo lengua, por bárbara que fuese, que no sirviese para la alabanza de María; las Ordenes religiosas todas con santa emulacion ayudaban á la de santo Domingo en establecerla por todas partes, el gran doctor de la Iglesia, san Alfonso María de Ligorio, hizose de ella apóstol, y con su autoridad de teólogo y su uncion de santo decia: *Entre todos los obsequios que se tributan á María, ninguno le es tan agradable como el santísimo Rosario. ¡Ob qué bella y fundada esperanza tienen de salvarse todos los que con devocion y perseverancia lo rezan cada dia!* Nuestra España fué el país clásico del Rosario; en ninguna parte arraigó más hondamente esta celestial planta que en nuestra cristiana tierra. No sólo se rezaba

en particular, sino en el seno de las familias, y no sólo dentro del hogar doméstico, sino que en las calles y las plazas, en los caminos y en los campos, en las alegres romerías y en las penitentes rogativas, el canto del Rosario era la voz del pueblo que alabando á María invocaba el auxilio del Todopoderoso. El Rosario es una devoción social por esencia, porque es la oración cristiana naturalmente popular; y por esto el uso ó el olvido del mismo marca la religiosidad ó la indiferencia de los tiempos.

El enfriamiento de la piedad cristiana en nuestros días, y la consiguiente decadencia de las creencias, produjeron también una disminución en la devoción del Rosario. Los alegres cantos del *Ave María* ya raras veces santifican nuestras calles; y hasta por desgracia las familias que se reúnen para rezarlo son pocas. No han faltado hombres apóstólicos que se han esforzado en generalizarlo otra vez; el venerable D. Antonio Claret, arzobispo que fué de Cuba, y fundador de la Congregación de Hijos del purísimo Corazón de María, fué un apóstol del mismo; y Dios Señor nuestro que, en épocas calamitosas, cuando los hombres se reconocen im-

potentes ante el desorden de la sociedad, viene en auxilio de los mismos por medio de la Inmaculada Virgen, verdadero Auxilio de los cristianos, ha vuelto otra vez á hacer brillar en los cielos con signos sobrenaturales, el santo Rosario de María.

En efecto, no son menores los portentos y milagros del Rosario en nuestros días, de lo que lo fueron en el siglo XV, en los tiempos del beato Alano de Rupe y del venerable Jacobo Sprenger, restauradores del mismo. La admirable aparición de Nuestra Señora, en Lourdes, es una nueva promulgación del Rosario, hecha por la misma Virgen María. No lejos del lugar en que por primera vez lo enseñó á santo Domingo, ordenándole que lo predicase á los pueblos, *que sin esta lluvia quedarían estériles para siempre*, aparece á la inocente niña Bernardita Soubirous con el Rosario en la mano, y en actitud de rezarlo, y con el pie sobre un silvestre rosal, es decir, con todo el simbolismo del Rosario, y le manda que ruegue y haga rogar por los pecadores. Lourdes es, pues, el gran monumento moderno del Rosario de María; esta celestial Señora mandó á Bernardita que fuése á verla quince días seguidos; los mi-

sioneros, establecidos en aquel ya famoso Santuario, han construido un Rosario monumental, es decir, una inmensa iglesia en honor de los quince misterios, y el piadosísimo Pio IX, al escribirles aprobando su proyecto, en 8 de Febrero de 1875, les decia que *el poder del Rosario se manifestaria, es de creer, otra vez, rebatiendo los infernales esfuerzos, deshaciendo las maquinaciones de la impiedad, purificando los pueblos de tan multiplicados errores, con la desaparicion de los cuales volveria la tranquilidad á reinar en la sociedad humana.*

Otra manifestacion prodigiosa y sobrenatural del Rosario vemos ahora entre las ruinas, ó más bien dicho, en el cadáver de la antigua ciudad pagana de Pompeya, en las inmediaciones de Nápoles. Las místicas rosas de la Virgen han brotado en aquel lugar en que la ira de Dios, irritado contra los pecados de un pueblo, fulminó la desolacion y la muerte. Unos piadosos cristianos de los alrededores construyeron una capilla que dedicaron á la Virgen del Rosario: la celestial Señora, humildemente invocada, obró varios prodigios, la fama de los cuales llegó á Nápoles y excitó el espíritu piadoso de sus

habitantes, que empezaron á acudir á la modesta iglesia: las curaciones de enfermos y otros hechos milagrosos aumentaron, y juntamente la devocion popular, hasta que se ha fundado allá una Cofradía del Rosario que en devotas procesiones y con gran concurrencia de los piadosos ciudadanos de Nápoles, recorre, cantando las *Ave Marias*, las calles de aquella ciudad, que tuvo que ser limpiada de su impureza por las encendidas lavas del Vesubio.

Mas el coronamiento y el complemento de esta sencilla historia del Rosario, corresponde á nuestro santísimo Padre el Papa Leon XIII. Nadie como él conoce las dolencias de su siglo, ni nadie tampoco los celestiales remedios y los naturales fomentos para curarlas; por esto en primer término acude á María, á quien la tradicion cristiana ha invocado bajo el nombre de auxilio de los cristianos, y manda que sea invocada por medio del santo Rosario. Por carta encíclica de 1 de Setiembre de 1883 ordena al pueblo cristiano que todo el mes de Octubre se consagre al obsequio de María por medio del Rosario; lo mismo dispone en los dos años sucesivos, y por fin establece lo que podría-



mos llamar el mes del Rosario de María, que manda recitar con solemnidad, hasta que la sociedad cristiana hondamente perturbada vuelva al cauce natural, que á la humanidad redimida abrió el Hijo de Dios; proclama á la celestial Señora Reina del sacratisimo Rosario, mandando que con esta advocacion sea saludada al cantarse las letanías lauretanas; y por último, en el presente año de 1886, promulga un Jubileo extraordinario, que coloca bajo la proteccion de María del Rosario, y con cuyo anuncio quiso solemnizar la fiesta del Rosario de Octubre último, pues en sus primeras vísperas lo participó al pueblo cristiano.



### CAPÍTULO III.

#### **Simbolismo del Rosario.**

**E**L nombre rosario significa lugar plantado de rosales, y acaso tambien ramillete de rosas. Esta flor tiene una expresion delicada y profunda; por lo cual, lo mismo los Profetas divinamente inspirados, que los poetas en los raptos de iluminacion natural de su fantasia, se han servido de ella para hacer sensibles y manifiestas las ideas más elevadas y nobles. Salomon compara la eterna sabiduria del Padre celestial al rosal que crece en Jericó, y á los rosales plantados junto á las corrientes de las aguas; y para ponderar á un personaje ilustre del Antiguo Testamento, dícele que es glorioso como la radiante rosa de primavera. La Iglesia aplica todas estas expresio-